



FRANCO

JULIÁN
CASANOVA

CRÍTICA

JULIÁN CASANOVA

FRANCO

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2025

Franco

Julián Casanova

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Julián Casanova, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-716-0

Depósito legal: B. 422-2025

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

EL OCASO DE ESPAÑA

El 18 de julio de 1936, Carmen Polo y su hija Carmencita Franco se subieron en el puerto de Las Palmas al transatlántico alemán *Waldi* rumbo a la ciudad francesa de El Havre. Carmencita vio a sus padres despedirse en silencio, aunque a los nueve años no captó la trascendencia que ese extraño adiós tenía. Todo tan rápido, sin tiempo para entretenerse.

A las cinco de la madrugada de ese sábado de verano, su padre, Francisco Franco Bahamonde, comandante militar de las islas Canarias, había firmado una declaración de estado de guerra, con la intención de volar después a Marruecos y tomar allí el mando de la sublevación militar contra la República.

Por si esa arriesgada apuesta no salía bien, mandó a su mujer y a su hija a Francia. En El Havre las esperaba el comandante Antonio Barroso, agregado militar español en el país vecino, que las llevó después a Bayona, a la casa de la antigua institutriz de la familia Polo en Oviedo, madame Claverie. Allí pasaron casi dos meses protegidas por el comandante Lorenzo Martínez Fuset, un abogado militar que había entablado amistad con los Franco en su estancia en Canarias.

Franco no volvió a verlas hasta el 23 de septiembre. Cuando se encontraron ese día en Cáceres, en el palacio de los Golfines de Arriba, la vida de Franco había dado un vuelco radical. Y también la de millones de españoles.

La sublevación militar convirtió a España en campo de batalla de un sangriento conflicto armado. Dos meses y medio después, sus compañeros golpistas nombraron a Franco comandante en jefe. El 1 de abril de 1939, Franco ganó la guerra y comenzó una dictadura de treinta y seis años.

Fueron tres momentos decisivos en su vida: sumarse a un golpe militar que él no lideraba, convertirse en Generalísimo y máxima autoridad de la España que combatía a la Segunda República, y comenzar a ejercer un poder absoluto.

Carmen y Franco se conocieron en Oviedo, en una romería, en el verano de 1917: «Me fue muy simpático —recordó años después en la revista *Estampa*— y como él parecía interesarse por mí con preferencia de todas las otras, y... yo no había tenido todavía novio...». María del Carmen Polo y Martínez-Valdés, nacida el 11 de junio de 1900, era hija de una rica familia local. Se casaron el 22 de octubre de 1923 en la iglesia de San Juan el Real de la capital asturiana. Vivieron juntos cincuenta y dos años, envueltos la mayoría de ellos en una atmósfera todopoderosa, él como hombre modesto y austero, siempre al servicio de España, «hasta el último aliento de mi vida», y ella cubierta de joyas y favores.

La vida de Franco, en realidad, fue un continuo desvelo amoroso por España, desde su juventud como héroe en el Rif hasta la vejez en la que le gustaba interpretar el papel de protector de un pueblo que lo veneraba.

En contraste con su espectacular e impresionante entierro en noviembre de 1975, sus orígenes fueron humildes, de clase media baja, en una familia que llevaba más de un siglo vinculada a la intendencia en la base naval de El Ferrol. Cuando nació Franco, el 4 de diciembre de 1892, la ciudad tenía veinte mil habitantes. Su padre, Nicolás Franco Salgado-Araujo, estuvo de joven destinado en Cuba y Filipinas, y aunque ascendió con el tiempo a intendente general de la Armada, tenía fama de llevar una vida disoluta, de ocio y juergas. Su madre, María del Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, era conservadora y piadosa. Tuvieron cinco hijos —Nicolás, Francisco,

Pilar, Ramón y Paz, quien murió de niña en 1903— y el padre abandonó el hogar en 1907.

Con esa infancia de desprecio y abandono paterno, los valores positivos heredados por Francisco procedían de su madre, amable y estoica. Se suele escribir mucha psicología acerca de la infancia de los dictadores, de las de Iósif Stalin y Adolf Hitler han corrido ríos de tinta, y Franco no ha sido una excepción. A Franco, como a Stalin, no le gustaba hablar de su niñez, «no era la época de su vida que recordaba con más afecto», diría su hija Carmen, y Hitler fue descuidado e impreciso en sus recuerdos sobre los primeros años de su vida. Los tres tuvieron padres autoritarios y violentos en el hogar. Tampoco el padre fue un espejo para Benito Mussolini. Lo que está fuera de duda en el caso de Franco es que posteriormente trató de reconstruir sus orígenes de forma idealizada, en su diario del primer año en la Legión y especialmente en su ficción autobiográfica *Raza*, escrita bajo el seudónimo de Jaime de Andrade, donde corregía los aspectos menos gloriosos y heroicos de su historia familiar. Su padre era allí un valiente oficial de la Marina fallecido en Cuba, en vez del hombre mujeriego y adicto a la bebida. Biógrafos y apologetas se encargaron también posteriormente, con Franco ya Caudillo y Generalísimo, de subrayar la serenidad y madurez que ya mostraba desde pequeño: «Paquito es de una quietud infantil, reposado, no exento de alegría, con un ensueño perenne en las pupilas, feble, de extraordinario atractivo».

El desastre imperial de 1898 con el que comienza *Raza* —«la torpeza de aquellos hombres que abandonaron al extranjero la mitad del territorio patrio», palabras de 1941, acabada ya la cruzada salvadora de España— le causó un profundo y amargo efecto.

Franco tenía cinco años y medio, pero la rendición y entrega de armas ante las tropas estadounidenses el 17 de julio de aquel año en Santiago de Cuba simbolizaba el fin de una época, la del Imperio español, y el comienzo de otra para un país que unas décadas después iba a imponer su supremacía en todo el mundo.

España era entonces una nación de 18,6 millones de habitantes, «moribunda», si aceptamos el término utilizado por lord Salisbury, primer ministro británico, en el discurso pronunciado en el Albert Hall de Londres el 4 de mayo de 1898. Frente a las naciones «vivas», que aumentaban su poder, riqueza y fuerza militar, las «moribundas» «década tras década cada vez son más débiles, más pobres». Y esa decadencia, pobreza y mala administración es lo que destacaron muchos periodistas, intelectuales, escritores y políticos cuando se conoció en la Península la dura derrota.

El triunfalismo infundado, la fiereza del «león» español frente al «cerdo» yanqui, dieron paso al desengaño, la protesta y la exigencia de responsabilidades. «Parecía que los españoles —escribió Manuel Azaña años después— vomitaban las ruedas de molino que durante siglos estuvieron tragando.» Joaquín Costa, con su denuncia de la oligarquía y el caciquismo, apelaba a las «masas neutras» para hacer una «honda revolución». Pese a los rumores, no hubo movimiento en los cuarteles, ni insurrecciones republicanas, ni barricadas en las calles, aunque el Gobierno, como prevención, suspendió las garantías constitucionales.

Para los militares, y así lo recordó Franco, la rendición que liquidó los últimos restos de la grandeza imperial fue humillante y vergonzosa y muchos de ellos la atribuyeron a la traición de los políticos que no alimentaban a las fuerzas armadas con suficientes recursos. Traicionar a las fuerzas armadas era lo mismo que traicionar a la patria, porque el ejército era el garante corporativo de la monarquía y del orden jerárquico que querían destruir los políticos liberales, los obreros republicanos y socialistas y los nacionalismos periféricos. «El siglo XIX que nosotros hubiéramos querido borrar de nuestra historia —repetiría Franco a menudo después desde su poder absoluto como dictador— es la negación del espíritu español [...] la denegación de nuestra unidad [...] La consecuencia del liberalismo fue el ocaso de España [...] Mientras las demás potencias mundiales de aquellos tiempos lograban forjar sus fuerzas, nos hemos sepultado en un sueño de más de cien años.»

El malestar militar y la constante intervención de Alfonso XIII, quien accedió al trono de España en la primavera de 1902, al alcanzar la mayoría de edad, se situaron durante los años siguientes al «desastre» en el primer plano de la política nacional. En noviembre de 1905, varios grupos de suboficiales asaltaron las oficinas del semanario satírico catalán *¡Cu-Cut!*, que había publicado una caricatura sobre el ejército, e hicieron lo mismo con la sede del diario catalanista *La Veu de Catalunya*. El capitán general de Cataluña no condenó esa acción violenta y poco después, en marzo de 1906, el Gobierno de Segismundo Moret cedió a las exigencias militares y a los deseos de la Corona y aprobó la Ley para la Represión de los Delitos contra la Patria y el Ejército, conocida como la ley de jurisdicciones, que incluía los ataques de la prensa dentro del fuero militar.

La identificación del rey con los militares y la tolerancia de la indisciplina en nombre del orden público y la unidad de la patria demostró a algunos sectores del ejército que la violencia era una estrategia que podía utilizarse siempre que percibieran amenazados sus intereses corporativos. La distancia entre el ejército y la sociedad civil se agrandó y creció también el sentimiento antimilitarista de una parte importante de la población frente al injusto sistema de reclutamiento, que permitía evadir a las clases altas el servicio militar de sus hijos.

Ese era el bagaje político e ideológico del ejército que Franco aprendió y asumió en sus años de formación como cadete en Toledo: «Allí fue donde yo me hice hombre».

Capítulo 2

«SOY MILITAR»

Candidato por tradición familiar a ingresar en la Academia Naval para llegar a oficial de Marina, algo que ya había hecho su hermano mayor Nicolás, Francisco vio frustrado su deseo porque el desastre colonial de 1898 inauguró una época de restricciones presupuestarias y de acceso limitado a la Armada.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX las principales naciones imperialistas compartían la idea de que su grandeza estaba directamente relacionada con el poderío naval que poseían. Las buenas familias aristocráticas de Europa buscaban influencia para que sus hijos accedieran a una de esas plazas tan prestigiosas y caras de conseguir en las academias. El padre de Miklós Horthy intercedió ante el primer ministro húngaro y el emperador Francisco José I para que lo admitieran en la Academia Naval en 1882. Estaba en la ciudad adriática de Fiume y la formación era muy rígida y dura, como en otras escuelas militares de Austria-Hungría y Alemania. Horthy, célebre por su agilidad física, aprendió allí italiano y croata, idiomas requeridos para los oficiales de la Armada. Décadas más tarde, en la posguerra turbulenta de Hungría, estableció en 1920 la primera dictadura de corte derechista en Europa.

Ante la imposibilidad de hacer carrera en la Armada, Franco abandonó El Ferrol y viajó a Toledo para realizar los exámenes de ingreso en la Academia Militar de Infantería de Toledo. Los

aprobó y entró en ella el 29 de agosto de 1907, a los catorce años, junto a otros adolescentes que se convertirían en compañeros de armas durante los años decisivos de 1936-1939, como Juan Yagüe Blanco y Emilio Esteban-Infantes. Y allí compartió también formación con dos amigos ferrolanos que serían amigos fieles hasta la muerte: Camilo Alonso Vega y su primo hermano Francisco Franco Salgado-Araujo, «Pacón», un año menor que él. Ese mismo año, 1907, Adolf Hitler suspendió el examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena y su vida tomó un rumbo de ocio e indolencia, nada que ver con la que Franco emprendió en Toledo.

Estuvo allí hasta junio de 1910 y no fueron los mejores años de su vida. Aquella figura pequeña, de baja estatura y extrema delgadez, rostro aniñado e imberbe, con voz de falsete, sufrió novatadas y algunas burlas, «un calvario» en su memoria, que alimentaron su resentimiento. Carmen Franco explicó años después de la muerte de su padre que en la Academia «no lo pasó demasiado bien [...] porque como era muy pequeñajo [...] y por su corta edad no lo dejaban llevar un mosquetón de verdad; el mosquetón que llevaba era de madera y eso lo sentía como una humillación horrorosa». La versión del protagonista, recogida casi al final de su vida se refería a la «triste acogida que ofrecía a quienes veníamos llenos de ilusión a incorporarnos a la gran familia militar».

Poco antes de que Franco entrara en la Academia, España consiguió una franja de territorio en el norte del sultanato marroquí, de lo poco que quedaba tras el reparto de África por los grandes poderes en la Conferencia de Berlín (1884-1885). Entre ese gran reparto del pastel africano y el inicio de la primera guerra mundial en 1914 las posesiones coloniales europeas aumentaron de forma espectacular, como creció también la creencia de la superioridad de Europa y de la raza blanca sobre los «salvajes».

La jerarquía entre naciones dominantes, en declive, y grupos étnicos subyugados era muy evidente en la Europa de comienzos del siglo xx, resultado de decenios de guerras internacionales con vencedores y vencidos. Mientras que España era un viejo imperio

en retirada tras su «desastre» final, británicos, franceses y alemanes estaban en su momento cumbre, con austriacos y rusos manteniendo todavía mucho de su esplendor. Y la imagen tópica de la decadencia e inmovilismo tan extendida en España contrastaba con el orgullo que mostraban los imperios que aumentaban su poder, riqueza y fuerza militar.

La presencia española en el norte de África había quedado fijada por el acuerdo secreto firmado con Francia en 1904 y por la Conferencia de Algeciras en 1906. Un espacio de influencia no muy relevante en el contexto internacional, limitado a la zona montañosa del Rif. España, como potencia de segundo orden, entró en el escenario africano de la mano de los franceses y porque Gran Bretaña no quería que ese territorio tan cerca de Gibraltar lo pudiese ocupar Alemania y su Marina Imperial. Para España, el interés de ese territorio, protectorado español de Marruecos a partir de 1912, poco rico y fértil comparado con el francés, estaba motivado más que por su situación estratégica o por sus posibles beneficios económicos, por una cuestión de prestigio nacional, maltrato desde la pérdida de las colonias.

La guerra en Marruecos marcó la historia de España durante más de medio siglo y tuvo un impacto extraordinario en Franco en sus dos primeras décadas como militar. Ningún país europeo dedicó tantos recursos durante tanto tiempo para asegurar un territorio irrelevante. Y si tenemos en cuenta la gravedad de los acontecimientos posteriores, desde el conflicto abierto en 1921 con el desastre de Annual hasta la rebelión de julio de 1936 y su brutal y larga época de represión posterior, protagonizada por los militares africanistas, una parte de la sociedad española lo pagó carísimo.

Los altercados y enfrentamientos con las cabilas vecinas, visibles ya desde 1908, se hicieron más frecuentes en 1909, sobre todo alrededor de las minas de hierro explotadas cerca de Melilla. La chispa que hizo estallar el primer gran conflicto comenzó como consecuencia de las presiones económicas y militares para incrementar la presencia española en Marruecos. Antonio Maura,

presidente del Gobierno, aprovechó un ataque de las cabilas rifeñas en la primavera de 1909 para organizar una fuerza expedicionaria de castigo.

Los reservistas fueron llamados a filas el 11 de julio, eligiendo Barcelona como puerto de embarque. La tensión creció el domingo 18 de julio. Un comité obrero decidió la huelga general que comenzó el lunes 26. Se extendió «como una traca», según dijo el gobernador civil de la provincia, Ángel Ossorio y Gallardo, triunfó en varias ciudades catalanas y los enfrentamientos violentos conocidos como *La Semana Trágica* alcanzaron al menos a diecinueve provincias. El capitán general de Cataluña, Luis de Santiago, proclamó el estado de guerra. Ya en la noche del lunes al martes ardieron los dos primeros edificios religiosos, algo que a partir de ese momento caracterizaría a aquellas jornadas: varias decenas de iglesias, conventos, escuelas y residencias religiosas fueron pasto de las llamas; además, se profanaron tumbas, aunque no hubo víctimas entre el clero.

El jueves 29 llegaron tropas desde Valencia y Zaragoza, que reconquistaron la ciudad, con bastantes resistencias en los barrios obreros, donde incluso fue necesario utilizar cañones de asalto. El lunes 2 de agosto todo había acabado. Hubo alrededor de dos mil detenidos, de los cuales seiscientos serían condenados, cincuenta y nueve a cadena perpetua y diecisiete a muerte, aunque finalmente solo se ejecutó a cinco. El primero que cayó fusilado, José Miguel Baró, era el único que tenía algo que ver con la dirección de la insurrección popular. El último en morir ante el piquete de ejecución fue Francisco Ferrer i Guardia, el 13 de octubre, creador de la Escuela Moderna, considerado como «autor y jefe de la rebelión» por un tribunal militar carente de las mínimas garantías legales.

La versión de los hechos que recibieron los cadetes de Toledo reafirmaba la distancia que separaba al ejército de la sociedad civil. Mientras que los revolucionarios pretendían subvertir el orden, los militares españoles se jugaban la vida en Marruecos ante un poder político débil e incompetente. Y el adolescente Franco

vio ya la mano alargada de la masonería detrás de las manifestaciones internacionales de apoyo a Ferrer i Guardia. Su obsesión con la masonería no pararía de crecer hasta el final de sus días y la compartió con bastantes militares de alta graduación, como su compañero de promoción Juan Yagüe.

La Academia de Infantería estaba ubicada desde 1875 en el alcázar, una fortificación sobre roca en la parte más alta de Toledo, construida, sobre la ya existente, bajo el reinado de Carlos V a mediados del siglo xvi. El método de formación militar que conoció allí Franco se basaba en las lecciones de la guerra franco-prusiana y se daba más importancia a la disciplina, la historia militar y a los valores de la obediencia y lealtad a los superiores que a la evolución del pensamiento y tácticas militares que los grandes imperios estaban experimentando en las fuerzas coloniales. Cuando Franco llegó unos años después al protectorado, el ejército español era una fuerza armada pobremente equipada y mal organizada, con oficiales que habían aprendido muchas cosas con poca aplicación práctica en el campo de batalla.

Ese culto del heroísmo, del valor y de las virtudes morales le sirvió a Franco para cubrir sus necesidades afectivas, arruinadas por el comportamiento de su padre durante la infancia. El ejército fue desde 1907 su vocación y profesión. «¿Es usted político?», le preguntaron en un reportaje junto a su esposa en la revista ilustrada madrileña *Estampa*, en mayo de 1928: «Soy militar, afirma rotunda y definitivamente». Y eso es lo que siempre dijeron de él compañeros de armas, las escasas personas a quienes dejó entrar en su círculo íntimo y los ministros que le sirvieron. «Era militar por encima de todo. Toda su manera de ser y de pensar fue con la milicia, siempre fue militar», recordó Carmen Franco décadas después de la desaparición de su padre.

Franco asumió desde aquellos tres años en la Academia un ardiente nacionalismo español, nostálgico de la gloria imperial ya pasada y hostil a los movimientos nacionalistas periféricos. El resentimiento despertado entre los oficiales por la derrota de 1898, el

progresivo aumento del antimilitarismo, del movimiento obrero anarquista y socialista acompañaron a Franco durante sus primeros años de formación en las fuerzas armadas. En un país en el que la monarquía había salido indemne del «desastre» y el sistema político de turno funcionaba con la precisión acostumbrada desde 1881.

En la Corte española imperaban todavía los usos y hábitos del Antiguo Régimen. Alfonso XIII nació siendo rey y fue educado como tal en un ambiente aristocrático, clerical y militar, en el escenario sobrio y profundamente religioso recreado por su madre, M.^a Cristina, alejado de la realidad exterior. Sus compañeros de juegos habían sido los hijos de los nobles; sus instructores eran palaciegos de conocida militancia confesional y militares tradicionales con una concepción castrense de la vida pública. De esa formación vendrían sus convicciones católicas, su afición por los uniformes y desfiles y el agrado con el que representaba su papel de rey-soldado, siempre pendiente del bienestar del ejército.

Alfonso XIII era el comandante en jefe de las fuerzas armadas, con amplia potestad para nombramientos, ceses y condecoraciones de militares, como quiso dejar claro desde el primer consejo de ministros que presidió. Los poderes que le confería la Constitución de 1876 no terminaban ahí. Su persona era «sagrada e inviolable», irresponsable frente al Parlamento. Elegía al presidente del Gobierno, podía nombrar y separar libremente a los ministros, designaba senadores vitalicios, compartía el poder legislativo con las Cortes, a las que convocaba y disolvía, cuidaba de la administración de justicia y dirigía las relaciones diplomáticas. Consciente de sus amplias competencias, pronto mostró su voluntad de no renunciar a ellas, de intervenir en la política como un rey gobernante, no como un monarca relegado a un mero papel de moderación y representación.

Franco completó sus estudios en Toledo en junio de 1910, y el 13 de julio ingresó formalmente en el cuerpo de oficiales del ejército como alférez. La ciudad de Toledo, símbolo de la grandeza de

la España imperial, se mantuvo muy presente en su vida, en sus relatos de juventud, y ya durante la guerra civil en la visita a las ruinas del alcázar liberado del asedio republicano.

Su primer destino fue el Regimiento de Zamora n.º 8, en su ciudad natal de El Ferrol, donde permaneció en servicio desde agosto de 1910 hasta febrero de 1912. Allí exhibió por primera vez su uniforme, cerca de su madre, y consolidó su amistad con Camilo Alonso Vega y su primo Franco Salgado-Araujo. La ambición de los tres amigos pasaba por ir a luchar a África, donde era posible ascender con rapidez. Consiguieron pronto su propósito y tras un largo viaje llegaron a Marruecos el 17 de febrero de 1912.

Aunque el paso de Franco por Toledo no había sido nada extraordinario —acabó el número 251 de una promoción de 312 cadetes—, gracias a África ascendió de forma fulgurante e hizo una de las carreras militares más rápidas del ejército español en el primer tercio del siglo xx: el 13 de junio, cuatro meses después de desembarcar en Melilla, fue nombrado teniente; el 1 de febrero de 1914 ascendió a capitán; en 1917, a comandante; en 1923, a teniente coronel; en 1925, a coronel; y en 1926, el 3 de febrero, con treinta y tres años, era ya general de brigada.

Entre 1912 y 1926, Franco pasó en África diez años y medio. Todos sus ascensos fueron «por méritos de guerra». No resulta difícil explicar por qué aquellos años siempre vivieron en él «con indecible fuerza». «Allí nació la posibilidad del rescate de la España grande» le dijo al periodista Manuel Aznar a finales de 1938. En palabras de su hija: «Adoraba Marruecos».